

Ath-on miró su tomahawk, hinchando y desinchando su vejiga pulmonar, con una tranquilidad que rayaba en lo absurdo. A sus pies la hierba era tan verde que dolía mirarla.

Era de día, un día cálido y apacible, y su caballo pastaba tranquilamente en las inmediaciones del árbol bajo cuya sombra se encontraba él. A sus pies, bajando la suave colina llena de hierba, se extendía el verdor del infinito valle primaveral. A lo lejos una cadena de afiladas montañas, nevadas en su cima, cortaban el horizonte como mordiendo el cielo. Naturaleza virgen.

Ath-on observó a aquel bello animal que lo había acompañado tanto tiempo, amodorrado por el calor y esperando que alguna brisa suave rizase la hierba a su alrededor y le levantara los cabellos.

El verano se acercaba aunque él no lo vería llegar.

Su caballo no tenía nombre, alguien había comentado que “Flecha” era muy apropiado pero él jamás lo había aceptado. A Ath-on le gustaba pensar que, al igual que él poseía el suyo, su caballo tenía que tener un nombre propio en su lengua, la lengua silenciosa de los caballos.

Una lágrima, la última que derramaría en su vida, resbaló desde uno de sus ojos y continuó su descenso por su mejilla pintada con dibujos de guerra. Acabó sobre su torso desnudo y se mezcló con las líneas rojizas que había pintadas sobre la piel de sus abdominales.

La lengua silenciosa de los caballos...

La primera pluma le llegó cuando mató a su primer Brisonte, con su columna vertebral cuajada de espinas se hizo su primer arco y, cuando llegó con la piel y la carne a la aldea, Wakai le obsequió con ella. Preciosa, pequeña y blanca como la nieve, la pluma de Sosa aún colgaba de la trenza larga en su pelo, la más importante para él aun siendo la que menor rango suponía.

Lae lo había besado, furtivamente, después de que se la colgaran del pelo. En aquel entonces tenían siete años.

La segunda pluma fue por proteger los campos. El Maheo, espíritu maligno, que había estado arruinando las cosechas calló de un solo flechazo, tras un mes completo de espera entre los matorrales; casi sin comer ni dormir. Wakai le dio una pluma negra, de cuervo de tempestad, mostrando que ya era un hombre.

Lae esta vez no se dignó siquiera a mirarlo. Tenían quince años.

La tercera, la última pluma, fue un regalo. Tras repeler el gran ataque Maheo, después de que la tierra quedara arrasada y putrefacta, cuando tuvieron que emigrar él y toda la tribu del valle... y ninguno de los ancianos pudo seguirlos. Wakai le había hecho aquél último regalo de despedida: una pluma de Ajelote, el ave que devora hombres, azul como el cielo en calma “Para que recuerdes siempre nuestro cielo, y no permitas que se ensucie de nuevo”.

Lae se había despedido de su madre con lágrimas en los ojos pero sin mirarlo a él a la cara;

por algún motivo le echaba la culpa. Tenían veintidós años.

Tres plumas que remataban tres trenzas de cuero.

Habían pasado cinco años desde entonces. Habían cruzado las cordilleras y encontrado la paz... y una noche Lae, la jefa del poblado, lo había llamado a su tienda.

Se miraron largamente, la hoguera crepitando en el centro del tipy, manteniéndolos separados y con los rostros ocultos tras danzarinas sombras. Olía a maderas aromáticas y el suave tacto de las pieles en el suelo estimulaba las palmas de las manos de Ath-on.

Lae poseía casi el doble de plumas que él. Todas ganadas justamente, todas merecidas, y aún así nunca le había pedido que le jurara fidelidad. Tampoco nunca había hecho falta.

Ath-on esperó, en calma, entregándose por completo a lo que tuviera que venir si venía de su mano; tal y como había hecho desde que aquella pequeña pluma blanca colgara de su pelo y su destino se emparejara con el de Lae para siempre.

La chica sacó el cuchillo ceremonial que llevaba amarrado al cinto, el órgano palpitante y vivo de la vaina dejó escapar un quejido de protesta.

Ath-on observó el utensilio sin comprender, pero aceptando el ritual fuese cual fuese. Aquel alargado cuchillo de hueso y carne viva, un arma Wakan como otra cualquiera, no parecía para nada ominoso si lo sostenía ella en sus manos.

-Guerrero Ath-on- entonó la joven, su voz era tal y como la había soñado él en tantas y tantas noches- ¿Aceptarás una nueva tarea de manos de tu jefa de tribu?

Ath-on ni siquiera tuvo que asentir para que ella comprendiera que sí. Cualquiera. Ir al fin del mundo si era necesario.

Ella asintió cogió el cuchillo con fuerza y, lentamente, se hizo un corte profundo, largo, en la palma de la mano. Se lo mostró.

-La sangre de la tierra es la sangre de sus hijos- dijo, repitiendo el viejo proverbio mientras la palma de su mano se llenaba del carmesí vital- bebe.

Pasó su mano por encima del fuego y la extendió, en forma de cuenco, guardando un creciente y precioso charquito de sangre en su centro

El olor a carne quemada inundó la estancia, pero Lae no se movió en lo más mínimo.

Ath-on observó la escena con la calma del guerrero Wakan, sin entender pero sin alarmarse.

Beber la sangre de otro miembro de su tribu no era un ritual poco frecuente, los chamanes infundían valor a los grupos que iban a guerrear contra los Maheo haciendo que bebieran unos la sangre de los otros, hermanándolos. No obstante hacer lo mismo con una mujer significaba mucho más: esa era la forma en la que una mujer Wakan hacía ver que se rendía, esa era la forma en la que una mujer Wakan se casaba y ligaba para siempre a un hombre.

Una deshonra infinitamente grande para cualquier mujer guerrera, una deshonra aún mayor

para una mujer de tanto orgullo como Lae.

-¿Por qué haces esto?- lo preguntó con simpleza, sin quitar la mirada del rostro serio aún a pesar del dolor de su jefa de tribu.

El brazo de Lae comenzaba a llenarse de ampollas.

-Porque es lo que quieres, porque es lo que deseas desde hace ya muchos años Ath-on, porque eres nuestro mejor guerrero y mereces un premio- pronunció la última palabra con desprecio infinito, con asco incluso.

-Son años de paz Lae- comentó Ath-on, su mirada perdida en los cada vez más vidriosos ojos de la chica- los guerreros somos prescindibles.

Sacó su tomahawk de la vaina en su cintura, los pulmones del arma se llenaron con el aroma a sangre y él pudo sentir como vibraba. Esta vez fue él quien cortó su palma derecha, y la unió a la de ella por encima de las llamas.

-Las mujeres, sin embargo, sois más necesarias que nunca- se atrevió a esbozar una sonrisa, su piel comenzó a chamuscarse- no quiero poseerte Lae, nunca lo he querido. Quiero amarte, como se ama al lobo de las praderas que ahuyenta al Ajelote: sabiendo que nunca será menos salvaje por compartir parte del trayecto contigo.

Lae lo despidió aquella noche sin dedicarle un solo segundo más, los dos con quemaduras serias en los brazos que el chamán tuvo que curar a la mañana siguiente; no obstante aquella solo fue la primera de muchas noches.

Lae dio a luz a su primer hijo a los veintisiete años; una edad respetable para una Wakan. Su hijo se llamó Ajel-on, en honor a la pluma que ya había dado sobrenombre a su padre, su hija Wakai, como su abuela.

Ath-on vivió feliz durante mucho tiempo, siempre a caballo entre la línea montañosa que les servía de frontera a la fetidez de los Maheo y la aldea; aunque nadie creyera ya necesario seguir manteniendo la guardia.

Un día Lae lo recibió sonriendo, seis plumas colgaban de su cabello al viento como seis de los siete colores del arcoíris, sus prendas de piel apenas ocultaban su tercer y último embarazo. Las mujeres Wakan solo se embarazaban tres veces, ni una más; nunca dejarían que los tiempos del hierro volvieran.

-Tu hijo cazó ayer su primer Naesao- comentó, radiante- está esperándote en el tipy para que lo felicites.

Ath-on sonrió, recordando cuando cazó por primera vez a uno de aquellos lentos basiliscos de arroyo y lo feliz que se había sentido en aquel momento. Pronto enseñaría a su hijo como se despellejaba al animal y como podía hacer con sus huesos un arma que le permitiera cazar presas

más grandes. Los secretos para fabricar su propia arma viva aún estaban lejos... pero los conocería algún día.

Atravesaron el pueblo, lleno de vida, en silencio. Lae lo cogía de la mano, la gente los miraba pasar y sonreía, y mientras las voces y los conocidos se sucedían él escuchaba como ella lo ponía al día de las nuevas en el campamento. Rumores, chistes y pequeños problemas cotidianos se sucedieron, profusos y alegres... pero cuando le tocó el turno a él de informar la cosa cambió.

Como encargado de fronteras, una vez más, sus reportes eran escasos: nada, ni un solo Maheo visto en años.

-Tarde o temprano tendrás que rendirte- comentó ella, con el ceño ligeramente fruncido, cuando recibió las nuevas- no podemos seguir alimentando hombres que solo se mantienen corriendo desde las montañas aquí y desde aquí a las montañas... sabes que cada vez se necesita más mano de obra para las cosechas.

Ath-on podría haber respondido que ellos cazaban, que traían comida de muy lejos, que de otra manera se habrían visto obligados a hacer de nómadas e ir moviéndose de forma cíclica por el valle, con lo que eso supondría para los ancianos... pero todo eso Lae ya lo sabía, igual que lo sabían la mayoría de las mujeres que, como ella, deseaban que sus compañeros dejaran aquella vigilia absurda; lo cual no impedía que siguieran solicitándolo.

Tendrían que ceder algún día, pero no sería ese; así que calló lo que ya todos sabían y continuó su camino por entre las estrechas calles de tierra aplanada.

Sorteó los tipys de más de cincuenta familias. Lig-on, un antiguo compañero de armas que había perdido media cara contra los Maheo, lo saludó mientras lanzaba al aire a su hijo. Un niño correteó por entre sus piernas mientras llevaba un balón hecho con un pez de río que aún respiraba. Maya, su vecina, le lanzó una sarta de improperios en cuanto lo vio. Medio en broma medio en serio comentó lo absurdo que era que hombres jóvenes se siguieran desperdiciando en la guardia fronteriza; Lae se paró a parlotear con ella...

El Maheo, aquel robot con patas metálicas de araña muerta, aún apuñalaba a su hijo muerto cuando él llegó a la casa. Los ojos de Ajel-on, velados ya para siempre y manchados por el ácido de aquel ser creado por humanos de otra época, le perseguirían para siempre en sus pesadillas. En sus manos aún sujetaba el Naesao muerto.

El Maheo rechinó sus articulaciones metálicas con un siseo y enfocó en él su única lente verdosa. De su abultado abdomen, como el de una garrapata negra, emergían un sin número de apéndices afilados, algunos de los cuales aún mancillaban el cadáver de su hijo. Justo debajo de su único ojo verde y sin vida emergía una trompa metálica de insecto de la que aún goteaba ácido. Parecía estar esperándole, provocándole, como si supiera lo que acababa de hacer.

Ath-on supo, con absoluta certeza, que Lea no tardaría mucho en aparecer por la puerta. Supo que si no hacía algo aquel ser los mataría a ambos. Supo que su hijo ya no tenía salvación alguna... y aún así no pudo reaccionar, no pudo hacer nada más que observar la dantesca escena, las pieles manchadas de sangre, el olor a aceite... y gritar... y llorar.

El Maheo escupió ácido sobre ellos, disolvió la tienda, la desgarró con sus patas afiladas y repulsivas, y huyó entre el caos.

Era un enviado, un espía para reconocer el terreno. Ath-on sabía que lo había seguido, lo supo mientras el dolor indescriptible del ácido lo convertía en un ente arrugado, desfigurado, inconsciente... pero no muerto.

Y al igual que supo aquello también supo que, dejándolo escapar, había conseguido que volviera a su base y alertara a los demás, a los grandes Maheos que habían tenido que combatir y repeler ya tantos años atrás, a las mentes de metal, sin vida, sin piedad, de las que habían huido.

Ath-on sobrevivió, Lea no. Su hija no nata murió con ella. A su hija pequeña, de tan solo dos años, consiguieron sacarla de la cuna sin que el ácido tocara su perfecta piel: salió indemne del ataque y Ath-on dio gracias a todos los dioses del mundo por ello.

No obstante él ya no la cuidaría, no, no Ath-on el lisiado, no Ath-on el hombre que había llevado la ruina a su pueblo.

Ath-on, el lisiado se quedó atrás. Desoyendo a los miembros del convoy mientras huían de la región esperando encontrar otro valle, otras montañas, otra protección contra los engendros de metal. Ath-on permaneció allí, bajo el árbol, junto a su caballo, pensando en su brazo perdido que no le permitiría usar el arco pero también en el brazo bueno, que le permitiría usar el tomahawk.

Y mientras la última noche de Ath-on se iba cerniendo sobre él, y las lentes verdes comenzaban a brillar entre la hierba, acercándose, solo pudo pensar una cosa: “Nos lo merecemos. Merecemos todo lo que nos pase, por destruirlo todo, por acabar con todo... Solo espero que haya sitio para mí a vuestro lado Lea, Ajel... solo espero haber sabido ser un buen Wakan en estos tiempos en los que la humanidad está tocando a su fin”.